

Temas de ética y política. Propuestas filosóficas para jóvenes

Gustavo Santiago *

Apelando a una serie de nociones socráticas, reflexiones deleuzianas y conceptos del pensamiento de Spinoza, Santiago merodea los conceptos de ética y política y desafía a los docentes a estimular el espíritu crítico y fomentar una contradisciplina en el aula.

Buenas tardes, mi nombre es Gustavo Santiago, soy profesor de filosofía y estoy sumamente nervioso. Imagínense dar una clase de filosofía delante de profesores de filosofía; imagínense ustedes, docentes, compartir una clase de filosofía con gente que se dedica a lo mismo que ustedes.

Mi idea es hacer un trabajo que, como se indica en el programa, sea un trabajo de taller y no estrictamente una conferencia. Me dedico a la filosofía, digamos, desde el campo de la lectura; soy egresado de la UBA, me gusta mucho leer sobre filosofía, me gusta mucho escribir sobre filosofía y, junto con esto, disfruto mucho también de la enseñanza de la filosofía. Soy docente en los tres o cuatro niveles de educación: soy docente en el nivel inicial, en primaria, en secundaria y en el nivel universitario; en el caso de los chiquitos, trato de llegar con algunos conceptos filosóficos para estimular su reflexión y su producción; en el caso de los secundarios, doy las clases que cualquiera de ustedes también da como docente.

Como les decía, la idea hoy no es dar una conferencia como la que van a escuchar en el resto del encuentro, sino hacer lo posible para que esto sea un taller, una especie de clase compartida, para lo cual voy a necesitar que ustedes participen, que puedan tener ánimo de compartir y de discutir algunas experiencias. En principio voy a hacer una exposición durante un tiempo relativamente breve, a poner a consideración de ustedes algunas herramientas para trabajar, y después vamos a hacer un pequeño trabajo, un trabajo breve, de acuerdo a los tiempos que nos queden.

Este es un taller de ética y de política, pero en realidad es un taller de ética y de lo que podríamos llamar micropolítica; es decir, yo no voy a trabajar con ustedes la política macro, de la que se van a ocupar los excelentes conferencistas que vienen a continuación en el encuentro. Lo mío va a ser un trabajo acerca de la ética y la política en el aula, es decir, sobre cómo podemos presentar y trabajar algunas cuestiones éticas y políticas con los chicos en el aula.

En principio les presentaré un proyecto que es parte de un proyecto más amplio. Lo que voy a compartir con ustedes, que por ahora se llama “Intensidades Filosóficas”, tiene como primer

Anales de la educación común / Tercer siglo / año 6 / número 10 / Pensar la política: un desafío en la tarea de educar / noviembre de 2011

Publicación de la Dirección General de Cultura y Educación de la Provincia de Buenos Aires, Versión digital del artículo publicado en pp. 13 a 26 de la edición en papel.

referente un libro del mismo nombre en el que el punto fuerte tiene que ver con el concepto de *intensidad*. ¿De dónde sale esta idea de “Intensidades Filosóficas”? Ese texto que aparece ahí¹ es de Deleuze, que es un filósofo francés contemporáneo, y sugiere una manera de leer filosofía. Según él habría que considerar un libro como una máquina asignificante, cuyo único problema es cómo funciona, si funciona, para cada uno de nosotros. Esa es una lectura en intensidad: algo pasa o no pasa. Esta manera de leer en intensidad, en relación con el afuera, es una especie de conexión eléctrica, flujo contra flujo, máquina contra máquina, experimentación; acontecimientos para cada lector que nada tienen que ver con un libro, que lo hacen pedazos, que lo hacen funcionar con otras cosas, con cualquier cosa. Esta es una lectura amorosa. Quizás alguien que sea docente del área de letras o que sea un lector de Borges, recordará que él tenía una idea muy parecida de la lectura, la idea de que uno no tiene la obligación de leer ciertos textos aunque sean canónicos, sino que lo que uno tiene que buscar cuando lee un libro es que le pase algo, que el contacto con un libro, en este caso con el libro de filosofía, impacte, produzca algo, que circule algo. El libro es entendido como una especie de máquina con la que uno se conecta; al lector le tiene que pasar algo, no se trata de una lectura fría o de una lectura para adquirir un conocimiento. Por eso Deleuze habla de una máquina asignificante. Cuando uno lee un libro de filosofía, según Deleuze, no tiene que preguntarse qué quiere decir el autor sino qué me pasa, qué me provoca este texto.

El proyecto que estoy presentando tiene que ver con esto, la idea de presentar la filosofía no necesariamente o no únicamente como un conjunto de conocimientos, sino como un saber que produce algo cuando uno entra en contacto con él. Si uno está en una clase de filosofía, si uno lee un libro de filosofía y no le pasa nada, está casi perdiendo el tiempo, por lo menos desde el lugar del docente de filosofía. Mi postura, que se suma a la de Deleuze, es que uno tiene que tratar de que le pase algo. Paso ahora a la cuestión de la intensidad, al por qué digo “Intensidades Filosóficas”. Este segundo aspecto tiene que ver con entender la filosofía como una cuestión particular, en realidad, con tratar de recuperar una de las inquietudes primarias de la filosofía que últimamente se ha perdido. En los últimos siglos nos hemos acostumbrado a concebir la filosofía como un cuerpo de conocimientos, pero desde sus inicios para algunos filósofos la filosofía tuvo que ver también con prácticas de vida. La filosofía, entonces, no es solamente un cuerpo de conocimientos que uno puede leer, sino que también tiene que ver con un modo de vivir. Lo que busco es ingresar al aula como docente llevando algo relacionado con la filosofía que provoque algún impacto, que provoque al adolescente o al joven que está en clase y le permita entrar en contacto fuerte con lo que sostienen esos textos, que su propia vida se vea involucrada con la filosofía.

¹ N. del E. Santiago se refiere a una serie de textos que presenta al auditorio.

Voy a tomar ahora para nuestro trabajo tres lemas socráticos, pero vamos a tomarlos para ver si puedo provocar esto que estaba anunciando. Probablemente algunas de las cosas que diga pueden resultar muy obvias para algunos docentes, pero puede haber personas que no las conozcan. En todo caso si quieren ayudarme con algunas cosas será bienvenido.

De los tres lemas socráticos, el primero de ellos debería ser “conócete a ti mismo”. Es un lema que Sócrates hace suyo pero que en realidad era una inscripción en el templo de Delfos. Pretendo ver, trabajar un poco esta idea de “conócete a ti mismo”, primero en general, viendo unos textos de Platón y de Jenofonte, y luego ver qué podrá significar esto en el marco de un aula de clase. En el *Fedro*, de Platón, Sócrates dice no saber nada sobre seres mitológicos: “yo no he podido aún cumplir con el precepto de Delfos de conocerme a mí mismo y, dada esta ignorancia, me parecería ridículo conocer lo que me es extraño”. Es decir, todo conocimiento debería partir de un conocimiento de sí mismo, saber quién se es para poder ocuparse después de otro tipo de conocimiento. Dice Sócrates: “yo me observo a mí mismo, quiero saber si soy un monstruo (para hablar en ese caso de seres mitológicos), quiero saber si soy un monstruo más complicado y más furioso que Tifón, o un animal más dulce, más sencillo, a quien la naturaleza le ha dado parte de una chispa de divina sabiduría”. Es decir, el conocimiento de uno mismo resulta fundamental para poder realizar cualquier otro tipo de conocimiento.

En un texto de Jenofonte, *Recuerdos de Sócrates*, este último, conversando con otro personaje, Eutidemo, le pregunta si conoce esa inscripción del templo; Eutidemo le dice que sí, entonces Sócrates le pregunta si realmente le prestó atención, si realmente ha tratado de conocerse a sí mismo. Y Eutidemo le contesta “difícilmente podría saber otra cosa si me desconociera a mí mismo”. Es decir, en principio uno ve que coincide con Sócrates; es fundamental conocerme para después tratar de conocer otra cosa. Sólo que en el caso de Eutidemo, lo dice en un sentido inverso al de Sócrates. Es decir, Sócrates decía “no puedo conocer otra cosa porque todavía no me conozco a mí mismo”. Eutidemo en cambio dice “obviamente me conozco a mí mismo porque conozco otras cosas”. Es decir, Eutidemo le dice a Sócrates que no necesita conocerse a sí mismo porque el conocimiento de sí mismo es un conocimiento inmediato, intuitivo, que no requiere ningún trabajo, y la prueba de que él se conoce a sí mismo es que conoce otras cosas, de otra manera no podría conocer ninguna otra cosa.

Sigue dialogando Eutidemo con Sócrates y este le pregunta si para conocerse a sí mismo alcanza con saber su propio nombre o si habría que hacer un trabajo como el que hacen los compradores de caballos, que los examinan para conocerlos antes de comprarlos. Después de dialogar un rato, Sócrates afirma que para conocerse a sí mismo no alcanza con saber su propio nombre y que los compradores de caballos examinan a los animales que están en venta. ¿En qué se fijan? Se fijan si el caballo es obediente o rebelde, vigoroso o débil, veloz o lento; es decir, para conocer a

alguien o para conocer algo tengo que ver qué hace, qué puede hacer, cuáles son sus posibilidades. No alcanza con el nombre o con la imagen. Sólo quien se haya planteado quién es en cuanto a posibilidades humanas, conocerá lo que puede en verdad. Eutidemo está de acuerdo con Sócrates y dice: “quien no conozca su potencia se desconoce a sí mismo”. Esta es una cuestión que querría que tuviésemos muy presente para lo que vamos a ver después.

¿Qué quiere decir conocerse a sí mismo? Saber qué puedo, conocer cuál es mi potencia, conocer qué puedo hacer y qué no puedo hacer. Sócrates concluye “los que se conocen saben lo que les es útil, disciernen qué es lo que pueden hacer y lo que no, y haciendo lo que son capaces de hacer se procuran lo necesario y viven felices y, absteniéndose de lo que está por encima de sus fuerzas, no caen en faltas y evitan los fracasos”. ¿Para que sirve entonces según Sócrates conocerse a sí mismo? Para ver qué puedo hacer y qué no, para ver hasta dónde alcanzan mis potencias y mis posibilidades. Si no les parece mal dejemos por ahora este punto. Vamos a volver después a esto, por ahora retengamos esta idea de “conócete a ti mismo”.

El segundo lema socrático que trataremos es “ocúpate de ti mismo”. Es un lema que en realidad Foucault encuentra en Sócrates; tomando prácticamente los mismos textos, dice que en realidad para Sócrates conocerse a sí mismo no era una actividad teórica. Si uno dice “quiero saber quién soy” tal vez pueda caer en el error de creer que es algo estático, algo estable, cuando en realidad de lo que se trata es de poder transformarse. Foucault dice que Sócrates dice, a través de Platón –que lo dice Sócrates en el texto de Platón, como para aclarar tantas mediaciones–, que en realidad se trata de conocerse a sí mismo para ocuparse de uno mismo; es decir, no basta con hacer un mapa de uno mismo sino que lo que hay que hacer es ver qué puedo, qué puedo poder, y qué quiero dejar de poder. Es decir cómo puedo trabajarme a mí mismo, modificarme para poder cosas que no podía. En la *Apología de Sócrates*, defendiendo su actividad, Sócrates dice que iba interpelando a los atenienses diciéndoles: “querido amigo que eres ateniense –esto es, de la ciudad más poderosa y de mayor fama en cuanto a sabiduría y fuerza– ¿no te avergüenzas de ocuparte de tu fortuna, del modo de acrecentarla al máximo posible, así como de la reputación y la honra, mientras que no te ocupas ni reflexionas acerca de la sabiduría, de la verdad y del alma de modo que seas mejor?” Es decir, Sócrates interpela a sus conciudadanos para que se conozcan pero sobre todo para que se mejoren. La crítica es que se ocupan mucho de otras cosas pero no se ocupan de lo fundamental, de ellos mismos. La idea no es que la única profesión en Atenas sea la filosofía, no es que no se ocupen de otras cosas, sino que se establezcan prioridades. Si me ocupo primero de mí mismo, si me ocupo de cómo ser más veraz, si me ocupo de cómo hacer mejor mi alma, cualquier cosa que haga la voy a hacer mejor. En un texto que se parece mucho a la *Apología de Sócrates* dice: “no hago otra cosa que ir de un lado a otro persuadiéndolos a ustedes, sean jóvenes o ancianos”. Esto también es interesante, hay gente que llega a una cierta

Anales de la educación común / Tercer siglo / año 6 / número 10 / Pensar la política: un desafío en la tarea de educar / noviembre de 2011

Publicación de la Dirección General de Cultura y Educación de la Provincia de Buenos Aires, Versión digital del artículo publicado en pp. 13 a 26 de la edición en papel.

edad y dice: “yo ya estoy hecho, yo ya no puedo cambiar, soy como soy”. Pero para Sócrates no, jóvenes o ancianos deben atender a sus almas antes de ocuparse de sus cuerpos o de sus fortunas. No es que no puedan ocuparse del cuerpo, pero primero deben ocuparse del alma, de modo que llegue a ser perfecta. Les dice que no es de la fortuna que nace la perfección, sino que de la perfección nace la fortuna y todos los demás bienes para los hombres. Vuelvo a la idea anterior, se trata de conocerse a uno mismo, la identidad es múltiple, la identidad es cambiante. La idea es conocerme, ocuparme, y después ocuparme de otras cosas.

Tercer lema socrático. Este es un invento, en realidad no es de Sócrates pero se lo vamos a hacer decir a Sócrates: “obedécete a ti mismo”. Ya el segundo era un invento, lo de “ocúpate de ti mismo” era un invento de Foucault. Sócrates era un ciudadano muy obediente, obedecía las leyes, obedecía a los dioses, obedecía a su propio dios particular; sin embargo, cuando uno analiza los textos ve que esa obediencia es un poco extraña. En relación con la obediencia a las autoridades traje un par de textos para leer pero me parece que sería engorroso. En la *Apología*, como ejemplo de obediencia a las autoridades menciona dos casos: uno que se da en democracia y otro que se da con el gobierno de los Treinta Tiranos. Ambos, los tiranos y los que practican la democracia, lo mandan a hacer algo pero él no cumple. En el caso del gobierno de los Treinta Tiranos, lo mandan junto con un grupo de ciudadanos a buscar a un disidente político para juzgarlo y para matarlo, y Sócrates no va; los demás van a buscar a este tal León de Salamina, pero él se va a su casa. Algo parecido sucede en el caso del gobierno democrático. En realidad, se propone una votación para ver si juzgan a diez generales por una situación particular que era anómala. Los querían juzgar a todos juntos por una situación en la que habían tenido actuaciones diferentes. Sócrates fue el único que votó en contra sabiendo que eso podía perjudicarlo, pero no le importó. Es decir, él obedece a las autoridades, pero no sé hasta qué punto, porque incluso los ejemplos que él mismo da son ejemplos en los que la obediencia a la autoridad está subordinada a su propio razonamiento, a su propia razón. Él dice en un caso: “consideré que era necesario correr los riesgos del lado de la ley y de la justicia –según la interpreta él– antes que ponerme del lado de ustedes por miedo a cosas injustas, a la prisión o a la muerte”. Y agrega: “yo los respeto, señores atenienses, y los estimo, pero he de obedecer al dios antes que a ustedes”. Es decir, por un lado la obediencia a la ley, pero a la ley interpretada por él mismo. Por otro lado, la obediencia a una ley superior a la de la ciudad, que sería el mandato de los dioses. Veamos qué pasa con los dioses.

Se acuerdan ustedes que Sócrates en su defensa cuenta que un amigo suyo fue al oráculo y no tuvo mejor idea (nadie sabe por qué se le ocurrió preguntar eso) que preguntarle al oráculo si había alguien más sabio que Sócrates, y la respuesta fue que no; es decir, lo que el dios dice es que Sócrates es el más sabio. Uno dice bueno, si obedece al dios, debería tomar esto como una palabra incuestionable. ¿Qué es lo que hace Sócrates cuando se entera de lo que dice el oráculo, se acuerdan? Sale a investigar, sale a poner a prueba lo que el oráculo dice. Quiero decir con esto que la obediencia está

Anales de la educación común / Tercer siglo / año 6 / número 10 / Pensar la política: un desafío en la tarea de educar / noviembre de 2011

Publicación de la Dirección General de Cultura y Educación de la Provincia de Buenos Aires, Versión digital del artículo publicado en pp. 13 a 26 de la edición en papel.

otra vez subordinada a la comprensión que Sócrates pueda tener en relación con la palabra. Es decir, Sócrates no toma al pie de la letra lo que dice el dios, sale a ponerlo a prueba. Lo que hace es entrevistar a los que se consideran sabios. Entrevista a los políticos y se da cuenta de que no saben, de que tal vez les hagan creer a los demás que saben pero que en realidad no saben. Entrevista a los poetas y dice “¡éstos saben!, dicen algo extraordinario”. Pero cuando les pide a los poetas que den cuenta de lo que dicen, descubre que en realidad, aun cuando decían cosas extraordinarias, las decían por inspiración, estaban poseídos por alguna divinidad, no podían explicar aquello que dicen de un modo tan bello. En el caso de los artesanos, ahí sí encuentra Sócrates sabiduría, que saben algo que él no sabe. Por ejemplo, el zapatero sabe arreglar zapatos y él no sabe. ¿Cuál es el problema de los artesanos?, que como saben un oficio creen que saben todo. Es decir ser buen zapatero, ser buen almacenero, ser buen taxista (ser buen taxista, es claro, no en la época de Sócrates), hace que esa persona que domina un oficio crea que puede hablar de cualquier cosa. Todos saben de fútbol, todos saben de política, todos saben de economía porque saben su oficio particular. ¿Cuál es la conclusión que saca Sócrates de esto?: “El oráculo tenía razón, soy el más sabio porque no sé, pero sé que no sé”.

Reconozco mi ignorancia, esta es la sabiduría de Sócrates, la famosa sabiduría de Sócrates. Llega a estar de acuerdo con lo que dicen los dioses. Ahora, yo no sé si puede hablarse de obediencia, porque lo que hizo Sócrates fue poner a prueba lo que dijo el oráculo, y recién cuando entendió lo que el oráculo quería decir, cuando lo interpretó, pudo aceptarlo. Dice: “durante mucho tiempo dudé acerca de lo que el oráculo quería decir, hasta que con grandes escrúpulos me volqué a su investigación. El dios, según he creído y he admitido, es quien me ordena seguir filosofando, examinándome tanto a mí mismo como a los demás”. O sea, llega a estar de acuerdo con lo que decían los dioses. Finalmente, la obediencia es a su dios personal, a esa voz que escuchaba Sócrates, a ese *daimon* personal, a aquello que describe como cierta voz divina y demoníaca. Recuerden que esta idea de lo demoníaco no tiene que ver con la idea judeocristiana del demonio sino que los *daimones* eran una especie de genios, seres divinos, pero divinidades menores. Una cierta voz divina y demoníaca que viene a uno, una voz que él comenzó a escuchar desde niño, que surge y que cada vez que surge lo disuade de algo que está a punto de hacer. Es decir, Sócrates obedece a esa voz que escucha, que le advierte en situaciones en las que está por cometer algún error: le dice “Sócrates, no lo hagas”, y él obedece. Claro que esa obediencia a la voz interior personal se parece mucho a una obediencia a la propia conciencia, ¿no? No sé hasta qué punto puede hablarse de una obediencia a algo externo, cuando en realidad se trata de una voz interna. Bueno, todo esto para decir que tal vez Sócrates está proponiendo que si bien hay que obedecer a las autoridades, hay que obedecer a las leyes y hay que obedecer a los dioses, también hay que obedecer a la conciencia. Esa obediencia siempre está supeditada a lo que uno piensa, a lo que uno razona, a la reflexión personal. Es decir, reflexiono, razono, interpreto, obedezco o desobedezco, y

Anales de la educación común / Tercer siglo / año 6 / número 10 / Pensar la política: un desafío en la tarea de educar / noviembre de 2011

Publicación de la Dirección General de Cultura y Educación de la Provincia de Buenos Aires, Versión digital del artículo publicado en pp. 13 a 26 de la edición en papel.

si desobedezco me hago cargo de mi desobediencia. Parecería, entonces, que la obediencia última es la obediencia a la propia razón, a la propia reflexión. Ya vamos a tener tiempo de discutir todo esto que estoy planteando. Querría introducir ahora un par de elementos más.

Nosotros hablábamos al principio de esta idea de conocerse a sí mismo, y Sócrates mostraba que ese sí mismo era sobre todo potencia, *qué puedo*. Es decir: “soy lo que puedo, conocerme a mí mismo es conocer qué puedo y qué no”. Siguiendo esa idea de Deleuze de hacer cruzamientos imprevistos de alguna manera, vamos a cruzar a Sócrates con Spinoza. Bueno, me queda una de Sócrates: “Es malo y vergonzoso obrar injustamente y desobedecer al mejor, tanto a un dios como a un hombre”. En definitiva, la obediencia es al mejor, sea quien sea.

Vamos a ver el concepto de potencia tal como aparece en Spinoza. Si yo digo “soy lo que puedo”, ese *puedo* Sócrates lo entiende de una manera. Vamos a ver cómo lo entiende Spinoza, qué entiende con la idea de potencia. Spinoza dice que la *potencia* de una cosa cualquiera es el esfuerzo por el que –ya sola, ya junto con otras– obra o intenta obrar algo, intenta perseverar en su ser. No es nada distinto de la esencia dada de la cosa misma. Es decir la potencia es la esencia de una cosa, de un ser humano. Cada cosa es lo que puede. Cada persona se diferencia de otra porque puede cosas distintas. Algunos pueden hablar distintos idiomas y otros no, algunos pueden tocar la guitarra y otros no, algunos bailan muy bien y otros no. Es decir, cada uno tiene capacidades diferentes, puede cosas distintas que el otro, y el conjunto de lo que uno puede es lo que define quién es. Soy lo que puedo. Es un poco la idea que aparece en los currículum; cuando uno presenta un currículum la idea es quién es, qué puede hacer. Entonces, si me pregunto a mí mismo, si trato de conocerme a mí mismo, lo que tengo que tratar de conocer es qué puedo. Ahora, el problema es que –dice Spinoza– nadie sabe lo que puede el cuerpo, lo que puede una persona. Ahora vamos a hacer una variación de esta frase para decir: “nadie sabe lo que puede un alumno”.

El tipo está ahí, sentado en el banco del fondo, uno llega a la primera clase, lo mira y no sabe, no sabe qué puede y qué no puede ese alumno que está sentado ahí. Uno podría decir bueno, uno no sabe lo que puede hasta que lo va conociendo. En la medida en que voy conociendo a alguien sé que puede, en la medida en que me voy conociendo a mí mismo sé que puedo. El problema en el caso de Spinoza es que esa potencia varía, no es una potencia estable, es una potencia que varía y que no depende solo de la cosa, sino que depende de con qué entra en contacto esa cosa. Por ejemplo, recién cuando se prende la luz alta de un vehículo que viene a mi encuentro de frente, yo dejo de poder un montón de cosas, o sea la sensación es que estoy frente a un camión, que se me viene encima, y no veo nada. Si el micrófono dejara de funcionar no podríamos algunas cosas y podríamos otras, etcétera. Permanentemente la potencia de cada uno varía en función de lo que entra en contacto con él, nadie sabe lo que puede uno mismo, lo que puede otro. Sin embargo, dice Spinoza, introduciendo la cuestión de lo bueno y de lo malo, solo sabemos qué es bueno o malo. El

Anales de la educación común / Tercer siglo / año 6 / número 10 / Pensar la política: un desafío en la tarea de educar / noviembre de 2011

Publicación de la Dirección General de Cultura y Educación de la Provincia de Buenos Aires,
Versión digital del artículo publicado en pp. 13 a 26 de la edición en papel.

conocimiento es bueno, y todo lo que conduzca a él también lo es; es malo aquello que pueda impedir que conozcamos. ¿Por qué es bueno aquello que permite el conocimiento? Porque permite que uno pueda más. En el caso de Spinoza, la cuestión ética se resuelve de esta manera: es bueno lo que aumenta mi potencia, lo que me hace poder más; es malo lo que hace que pueda menos. Dice entonces, aquello que propicia que el cuerpo humano sea afectado de muchísimos modos o aquello que le hace apto para afectar de muchísimos modos a los cuerpos exteriores es útil al hombre, y tanto más útil cuanto más apto hace al cuerpo para ser afectado o para afectar otros cuerpos de muchísimas maneras. Por el contrario, es nocivo lo que hace al cuerpo menos apto para ello. Es decir, decíamos que el conocimiento es algo bueno y lo que obstruye el conocimiento, algo malo.

Tendríamos que ver qué es el conocimiento para Spinoza, de qué tipo de conocimiento está hablando, pero creo que en principio se podría aceptar la idea así en general. Ahora se abre una segunda cuestión: lo peor que le puede pasar a cualquier ente, digamos en particular a un ser humano, es cerrarse, limitarse, limitar las posibilidades de conexión con otros. Toda limitación de la posibilidad de conexión con otros es, en principio, un empobrecimiento; después habrá que ver con qué me conecto, pero si no tengo las posibilidades de conectarme, de ser afectado y de afectar me estoy empobreciendo, por lo tanto será bueno todo aquello que estimule, que tenga la posibilidad de entrar en contacto con otros, de componer algo con otro. Tendríamos que ver esta idea de conocer qué puedo, y conocer con qué cosas puedo más, en conexión con qué puedo más y en conexión con qué puedo menos. A diferencia de Sócrates, decíamos, en este caso la potencia es algo abierto a lo otro, y es algo que es dinámico, que permanentemente va cambiando.

Entrando un poquito más en la cuestión de los cambios, de la potencia, de los cambios que tienen que ver

con la esencia, aparece el tema de la alegría y de la tristeza. Dice Spinoza: “entenderé por alegría una

pasión por la que el alma pasa a una mayor perfección; por tristeza, en cambio, una pasión por la cual el alma pasa a una menor perfección”. Aquello que me afecta y que me alegra hace que alegre mi potencia, que aumente lo que puedo; aquello que me afecta y me entristece, disminuye mis posibilidades de actuar. Por bueno entiendo aquí todo género de alegría y todo cuanto a ella conduce, y principalmente aquel que satisface un anhelo, cualquiera que este fuere. Por malo, en cambio, todo género de tristeza, y principalmente la que frustra un anhelo.

Aparece ahora la idea del encuentro con otros. Decíamos recién: algo que me afecta y me entristece disminuye lo que puedo hacer. Pero, ¿qué pasa si me encuentro con otro ser humano? Dice Spinoza: “si varios individuos cooperan en una sola acción, de tal manera que todos sean a la vez causa de un solo efecto, los considero a todos ellos en este sentido como una sola cosa singular”. El contacto con otros y la posibilidad de actuar conjuntamente con otros aumenta lo que cada uno podría por separado; actúa como un solo cuerpo que produce un determinado efecto y

Anales de la educación común / Tercer siglo / año 6 / número 10 / Pensar la política: un desafío en la tarea de educar / noviembre de 2011

Publicación de la Dirección General de Cultura y Educación de la Provincia de Buenos Aires, Versión digital del artículo publicado en pp. 13 a 26 de la edición en papel.

que tiene una potencia mayor que la que cada individuo tenía por separado. Una cita larga, la última, dice: “sí, por ejemplo, dos individuos que tienen una naturaleza enteramente igual se unen entre sí, componen un individuo doblemente potente que cada uno de ellos por separado. Y así, nada es más útil al hombre que el hombre”. ¿Ustedes creían que lo había dicho Perón?, lo dijo Spinoza. ¿Se acuerdan de “para un peronista no hay nada mejor que otro peronista”? Spinoza dice: “para un hombre no hay nada mejor que otro hombre”. ¿Por qué? Porque con otro ser humano tengo más posibilidades de contacto, tenemos más posibilidades de entablar un vínculo para potenciarnos mutuamente. Puedo entablar vínculos con un gato, puedo entablar vínculos con un libro, puedo entablar vínculos con un paisaje, pero la mayor capacidad la voy a tener siempre con otro ser humano, con determinados seres humanos, ¿no? Pero en principio, el ser humano como tal tiene más posibilidades de entrar en contacto con el otro. Entonces dice así: “nada es más útil al hombre que el hombre”, quiere decir que nada pueden desear los hombres que sea mejor para la conservación de su ser que el concordar todos en todas las cosas, de suerte que las almas de todos formen como una sola alma y sus cuerpos un solo cuerpo, esforzándose a la vez cuanto puedan en conservar su ser, y buscando todos la común utilidad.

En el párrafo anterior aparece otra vez algo como lo que habíamos visto en Sócrates; es decir, los hombres que buscan su utilidad bajo la guía de la razón no apetecen para sí nada que no deseen para los demás hombres, y por ello son justos, dignos de confianza y honestos, es decir el bien, lo bueno, tiene que ver con lo que aumenta mi potencia, con lo que me hace poder más. Pero en la medida en que yo estoy conectado con un determinado entorno, si provisoriamente lo que a mí me alegra y me hace poder más afecta de tristeza o afecta negativamente al entorno con el que estoy conectado, el resultado va a terminar siendo negativo para mí, voy a terminar pudiendo menos. Hay un ejemplo que da Deleuze, comentando a Spinoza, que me parece interesante, y tiene que ver con la infidelidad. Ninguno de los dos son moralistas, sin embargo lo que ellos plantean es que puede darse, en una situación de infidelidad, que una persona se alegre momentáneamente por lo que está haciendo, que se sienta bien, y en ese sentido es bueno para él, ya que se siente bien. Ahora, si el entorno que le es familiar se llena de tristeza, entonces disminuye la potencia de ese entorno. Y si a la persona que se había alegrado antes la tristeza de los otros lo afecta, termina siendo algo malo para él mismo; es decir, si no hay culpa, si no hay cargo de conciencia, si no hay un efecto en relación con lo familiar es otra cuestión. El problema de determinadas situaciones en las que alguien busca una satisfacción personal es, entonces, que termina afectando de un modo negativo a su entorno y esa afección negativa termina repercutiendo en él mismo. Esto simplemente lo traigo para plantear la idea de que en realidad se trata de buscar la alegría, de buscar el bien, de buscar la potencia, pero no de un modo individualista, aislado uno del otro, sino buscando el contacto, la cooperación, porque el bien del otro, la alegría del otro, es parte también de mi propia alegría.

Anales de la educación común / Tercer siglo / año 6 / número 10 / Pensar la política: un desafío en la tarea de educar / noviembre de 2011
Publicación de la Dirección General de Cultura y Educación de la Provincia de Buenos Aires,
Versión digital del artículo publicado en pp. 13 a 26 de la edición en papel.

Vamos a ver ahora cómo pasamos de esto al aula. ¿Cómo puedo trabajar estos textos en el aula y qué puede significar para un adolescente preguntarse quién es?, ¿cómo puedo hacer como docente para que la potencia de ese alumno que tengo adelante mío aumente?, ¿cuál es mi lugar como docente para no solo hablar de esto sino para ver si puede realizarse o no? Yo presento algunas conjeturas, después las vamos a discutir.

Pensando en los adolescentes o los chicos en el colegio, para mí hay dos cuestiones que son ineludibles en relación con la construcción de la subjetividad, con esta idea de quién es el alumno, y con el mismo alumno preguntándose quién es. Estos dos elementos son los medios de comunicación y la propia escuela como dispositivos que construyen subjetividad. En ambos casos, desde estas dos instituciones que se ocupan de construir subjetividad, se les dice a los chicos quiénes son.

En lugar de decir “conócete a ti mismo, ocúpate de ti mismo”, los medios y la escuela dicen “yo te conozco y yo me ocupo de vos, yo construyo tu subjetividad”. En el caso de los medios dicen “obedécete a ti mismo”. Hay un montón de publicidades que apelan a eso, “hacé la tuya, no sigas el rebaño”. Incluso había una publicidad de cerveza que decía “no sigás el rebaño. Animate a más”. Hay una cantidad de eslóganes publicitarios que le dicen al consumidor “obedecete a vos mismo”, porque saben que en realidad no se trata de que se obedezcan a sí mismos.

En la escuela, en cambio, parece prevalecer la idea de “obedece a tu maestro, obedece a tu director”; dentro de la escuela, el “obedécete a ti mismo” es raro. Si bien hay situaciones en que puede ser así, prevalece esta idea de “obedece a la autoridad”. Entrando un poco más en el tema de los medios, me parece que son fundamentales porque cuando un chico se pregunta “quién soy, qué puedo y qué no puedo”, se lo pregunta en relación con un modelo que viene de los medios. Se pregunta “¿soy gordo o soy flaco?” de acuerdo a la imagen que los medios están mostrando en un determinado momento. En la

medida en que un gordo es legitimado o no es visto como tan gordo uno se mira de cierta manera.

En el caso de los chicos esto es muy fuerte, ellos miden su belleza, miden su “potencia” en relación con la imagen que imponen los medios, una imagen que no se impone coactivamente. El modelo al que responden parece ser más el que Deleuze presenta cuando habla de “sociedades de control” y no el de las “sociedades de disciplinamiento” que plantea Foucault. Es decir, no hay coacción, es la propia persona que parece que decide por sí misma, pero quiere lo que los medios quieren que quiera, quiere tener el cuerpo que los medios dicen que tiene que querer, etcétera.

Parece que hay una decisión que es propia, cuando en realidad lo que hay es un *ranking* que dice que yo puedo más o que yo puedo menos en función de cuál es mi lugar en relación con la escala que los medios proponen. Hay muchos autores que hablan de esto. Recientemente, Zygmunt Bauman se ocupó de esto, que a mí me parece que puede verse así: esta idea de que lo que uno puede o lo que uno vale tiene que ver con una situación de consumo, con “qué puedo consumir”.

Anales de la educación común / Tercer siglo / año 6 / número 10 / Pensar la política: un desafío en la tarea de educar / noviembre de 2011

Publicación de la Dirección General de Cultura y Educación de la Provincia de Buenos Aires, Versión digital del artículo publicado en pp. 13 a 26 de la edición en papel.

Esto en el caso de los chicos me parece que es muy claro, en el caso de los adultos también, pero en el caso de los chicos es salvajemente claro: el desprecio por el que no tiene lo que otro tiene, “valgo en función de lo que puedo consumir” y también, algo más reciente, esta idea de “valgo en la medida en que puedo ser consumido”. Pensarse a sí mismo como un producto que despierta el deseo, que despierta una atracción determinada y que se cotiza. El mejor ejemplo para esto es el caso de los *floggers*, la aparición en Internet en un *ranking* que ya es objetivo: “valgo más en la medida en que tanta gente visitó mi página. La gente que consume mi imagen me dice a mí cuánto valgo”.

En el caso de los medios una cuestión también interesante es la simulación de la pluralidad. Parece que hay lugar para todos, parece que se puede ser de tribus distintas aunque esas tribus estén perfectamente delimitadas. Es la falsa pluralidad de la que también habla Deleuze. Se habla mucho de multiplicidad, se habla mucho de pluralidad, pero en el fondo hay una unidad que está supuesta detrás de todo esto. Todas esas diferencias, esa pluralidad, es siempre funcional al sistema; o sea, el que es diferente en serio se queda afuera de la consideración. Se acepta a los diferentes que no molestan, a los que están dentro del mismo sistema: hay una gran gama de peinados en los jóvenes, pero no hay una gran gama de ideas políticas. Es una diferencia que no molesta, es legitimada y alentada.

En el caso de la escuela –por supuesto que no de todas las escuelas, pero de la escuela como institución en general– me parece que continúa prevaleciendo aquello que Foucault mostraba cuando hablaba del disciplinamiento. Más allá de que los docentes nos formemos, hacemos un montón de cursos sobre la importancia de la creatividad, de la crítica de los chicos. Ahora, cuando estamos en el aula, en general sigue prevaleciendo la idea de que el alumno tiene que estar quieto, callado y visible. Queremos chicos que sean inteligentes pero que sean respetuosos, chicos que sean dóciles, que sean funcionales al sistema. Los preparamos para que de ahí entren a una fábrica, a una empresa, y que sean capaces de obedecer a cualquiera que tengan delante, de ser “respetuosos”. Seguimos disciplinando para obedecer a la autoridad. No te obedezcas a vos mismo, aunque sepas que tenés razón, obedecé a la autoridad. Seguimos normalizando; es decir, formando individuos que se parecen cada vez más entre sí, que responden a una norma determinada. Hablamos mucho de las diferencias, pero las potencialidades que estimulamos y que deslegitimamos siguen siendo las mismas.

¿Cuál es la cuestión que planteo en relación con estos textos que leímos, con la idea de “conócete a ti mismo, ocupate de ti mismo, obedécete a ti mismo”? En relación con los medios, estimular la crítica, que los alumnos puedan desmenuzar, analizar la imagen mediática, pero que esto no sea solo una actividad de clase. Conversando con mis alumnos de 5º año, no me creían que las fiestas de egresados podían ser distintas, que cada curso elegía cómo festejar su egreso. No quiero evocar los viajes de egresados, que ya tienen un formato determinado... Les dicen tal

Anales de la educación común / Tercer siglo / año 6 / número 10 / Pensar la política: un desafío en la tarea de educar / noviembre de 2011

Publicación de la Dirección General de Cultura y Educación de la Provincia de Buenos Aires, Versión digital del artículo publicado en pp. 13 a 26 de la edición en papel.

día se emborrachan, tal día los despertamos, tal día los tiramos adentro de una discoteca. Hay un formato establecido, hasta las fiestas son así. Y ellos me decían “¡y los casamientos también!”, y tienen razón. ¿Dónde quedó la mínima creatividad de decir “es mi fiesta, quiero decidir yo si voy a bailar tal cosa o la otra”? En el caso de ellos, van adhiriendo a formatos.

Entonces se trata de ver en qué medida responden a un formato preestablecido y cuánto de eso los alegra en serio, cuánto aumenta su potencia, cuánto los hace poder más de lo que podían antes y dar lugar a la creatividad; pensar seriamente en poner en juego alternativas distintas en la clase, que no se valore siempre lo mismo.

En el caso de la escuela, si la escuela disciplina lo que yo propondría sería la indisciplina. En realidad no, porque la indisciplina termina cayendo por lo general en una disciplina más dura que la anterior. Siguiendo a Foucault, lo que planteo es la posibilidad de una contradisciplina; es decir, como docente pensar en entrar al aula, en hacer cosas en el aula que no tengan que ver con una funcionalidad al sistema. Que los chicos puedan tener otra disposición corporal, puedan poner en juego otras cosas, por ejemplo que los trabajos no sean competitivos, que los trabajos no sean individualistas, que no se propenda a que cada alumno esté cerrado con su conocimiento y compitiendo con el otro, sino que se promuevan en serio posibilidades de encuentro, posibilidades de potenciación mutua, que el cuerpo de uno en contacto con el cuerpo del otro pueda producir una potencia mayor a la que cada uno tiene por separado. Estimular seriamente la cooperación ya no desde la palabra, sino desde actividades cooperativas. Pensar posibilidades de encuentro que no tengan que ver exclusivamente con lo intelectual, con lo cognoscitivo. Hay grupos de alumnos a los que uno mira y se pregunta “¿qué pueden?”, la respuesta es “nada”. Chicos a los que uno mira y son un misterio; uno se pregunta ¿qué les pasará por la cabeza? Pero cierta vez me invitaron a un recital que hicieron y eran músicos estupendos. Todos pueden hacer algo. ¿Por qué en el aula no damos posibilidades de que puedan hacer cosas distintas a recibir y reproducir, que es lo que en general prevalece? Es preciso cambiar la idea de “voy, doy mi clase, leen el texto y evalúo lo que son capaces de reproducir”.

Nota

Este texto reproduce la disertación que Gustavo Santiago presentó el 26 de marzo de 2009, durante el Primer Encuentro de Pensamiento Político realizado en el Salón René Falavero del Jockey Club de la ciudad de La Plata.

* Profesor de Filosofía. Sus libros testimonian la preocupación por anudar una nueva relación entre los temas y los autores clásicos del pensamiento filosófico y la educación de niños y jóvenes.

Fue profesor de Filosofía en el Ciclo Básico Común de la Universidad de Buenos Aires (UBA) y se ha desempeñado como Asesor y Coordinador del Proyecto de Filosofía con Niños en diversas instituciones educativas del país.

Anales de la educación común / Tercer siglo / año 6 / número 10 / Pensar la política: un desafío en la tarea de educar / noviembre de 2011
Publicación de la Dirección General de Cultura y Educación de la Provincia de Buenos Aires,
Versión digital del artículo publicado en pp. 13 a 26 de la edición en papel.